

Cultura y Ocio

LIBROS

El viajero inmóvil

El Olivo Azul edita una selección del epistolario de Flaubert, donde el autor da cuenta de sus procesos creativos, sus filias y fobias, y las oscilaciones de su desesperanza

QUERIDA MAESTRA...

Gustave Flaubert. Trad. Antonio Álvarez de la Rosa. Editorial El Olivo Azul. Córdoba, 2009. 144 páginas. 17 euros.

Manuel Gregorio González

Hace unos meses, dábamos noticia aquí de la publicación de una pequeña y delicada obra de Maupassant, *Todo lo que quería decir sobre Gustave Flaubert*, en la que el gigante de Rouen emergía como una sombra benéfica, como un patriarca inmóvil, de los recuerdos de su discípulo y amigo. Ahora, con *Querida maestra...*, es el propio Flaubert quien da noticia de sí, de su aislamiento, de su trabajoso proceso creativo, gracias a una breve selección de su correspondencia, en este caso con las escritoras Georges Sand y Leroyer de Chantepie. Entonces, comentando el opúsculo de Maupassant, evocamos su retiro en Croisset, el escogido monacato del escritor, cuando los marineros remontaban el Sena guiándose por las luces de su estudio. Hoy, sin embargo, es la agnía del creador, aquello que no se veía desde los barcos nocturnos, lo que se induce dolorosamente de estas cartas.

Cartas, por otra parte, que circulan de escritor a escritor, y cuyo contenido es netamente literario. De la innumerable correspondencia de Flaubert, así como del escaso número de sus obras, el lector

saca la conclusión, probablemente acertada, de que Flaubert era un escritor reflexivo, enormemente intelectualizado, cuya parálisis creativa no devenía de una falta de inspiración, palabra muy de la época, sino de la necesidad de precisión, de conocimientos, de veracidad, que el francés exigía a sus escritos. En la mayor parte de estas cartas (alguna de ellas inédita), es el propio Flaubert quien indica la fatigosa marcha de sus trabajos, y el incesante esfuerzo de documentación con el que pretendía inmergir, como en un agua oscura, en culturas pretéritas y religiones muertas. Así, es posible seguir, a lo largo de los años, el tortuoso avance de *Salambó*, de *La tentación de San Antonio*, de *La educación sentimental*, de *Madame Bovary*, de *Bouvard y Pécuchet*, su obra postrema. No mucho más escribiría aquel hombre que, con 28 años, parte de Francia hacia el Egipto faraónico doblegado por Napoleón, y cuyo resultado podemos conocer por las maravillosas y desvergonzadas notas de su *Viaje a Oriente*. También desde allí remitiría un gran número de cartas a su madre. Cartas en las que se describe aquel vasto mundo de piedra derruida, junto a la acrisolada estupidez de los turistas. No obstante, la pasión viajera de Flaubert murió con este viaje, y es su continuada estancia a orillas del Sena la que propicia, tal vez, el vertiginoso cruce de misivas con los grandes nombres de su tiempo.

A través de ellas podemos conocer, no sólo sus filiaciones y sus fo-



Retrato del escritor francés Gustave Flaubert (1821-1880).

bias; también el grado de desesperanza con que contempla el mundo. Flaubert admira a Renan, a Dickens, a Gautier, a Victor Hugo; Flaubert desprecia la masa, el cristianismo, el sufragio universal, el hombre articulado y mecánico que se avecina. ¿Era Flaubert un partidario del *despotismo ilustrado* cuando defiende el gobierno de los mandarines? Sin duda, no. Para Flaubert, la oceánica muchedumbre de París, su impenetrable ignorancia, ha arruinado el viejo ideal de la Revolución francesa. Y son los burgueses, la imbecilidad satisfecha que encuentra en ellos, quienes convierten la libertad en un concepto degradado y exánime. Flaubert habla de arte, de goce estético, mientras los críticos elogian el carácter edificante de una obra; Flaubert defiende el co-

DOCUMENTOS INÉDITOS

En estas cartas puede leerse la emoción de todo un mundo, cuando éste ha virado hacia lo desconocido

nocimiento, la ancha sujeción al saber, mientras Georges Sand propone una educación elemental para las clases iletradas. Flaubert habla de literatura mientras su siglo vive inmerso en el periodismo. No se trata, simplemente, de la visión de un reaccionario, de un melancólico, frente a la perspectiva progresista de una dama. Es la remoción de todo un mundo, cuando ese mundo ha virado hacia lo desconocido. *Bouvard y Pécuchet*, su obra inacabada, es el retrato de dos viejos rentistas que pretenden, a última hora, convertirse en sabios y eruditos. En cierto modo, ésta es la paradoja, la condena de todo el XIX y su colofón ilustrado. Flaubert, recluso en Croisset, insomne entre legajos, no estaba exento de esta aciaga caricatura.

Pushkin descubre la prosa

HISTORIAS DE BELKIN

Alexander Pushkin. Trad. de James y Marian Womack. Prólogo de Philip Ross. Editorial Nevsky Prospects. Madrid, 2009. 152 páginas. 14 euros.

Ignacio F. Garmendia

Era el otoño de 1830, y Alexander Pushkin esperaba ansioso, aislado en la pequeña aldea de Bóldino, a que remitiera la epidemia de cólera para poder volver a Moscú y casarse con su prometida Natalia Goncharova. En apenas unos meses de actividad febril, escribió los dos cantos finales de *Eugenio Oneguín*, las *Pequeñas tragedias* y las *Historias de Belkin*, un libro no demasiado conocido en España con el que el gran poeta nacional de Rusia se

iniciaba en el cultivo de la prosa. "Exactitud y laconismo", eran las cualidades pregonadas por Pushkin en su propuesta de ruptura con la escuela romántica, que puso los cimientos de la narrativa realista sobre la que se construiría la gran tradición decimonónica.

Publicado por la nueva editorial Nevsky Prospects, que anuncia un catálogo especializado en la literatura del país eslavo, *Historias del difunto Iván Petróvich Belkin*—tal es el título completo del original— se presenta con un elegante prólogo, firmado por el oxoniense profesor Ross Bullock, que trasciende lo meramente informativo y ofrece interesantes claves de lectura. Pushkin, que firmó la primera edición con iniciales, se finge editor de los cuentos del tal Belkin, des-

crito como un joven honrado pero indolente, quien a su vez asegura haberse limitado a recoger las historias que escuchó de otros. Desde el principio, la ironía, la ambigüedad, el carácter fragmentario, las elipsis y sobreentendidos nos informan de que estamos ante un registro desacostumbrado—que tiene mucho de parodia—y en el fondo no menos *byroniano*, pues el propio poeta inglés distó mucho de ser un ingenuo exaltado.

Un duelo largamente postergado que provoca dudas sobre el valor de uno de los contendientes, la fuga frustrada de dos amantes clandestinos, la macabra pesadilla del dueño de una funeraria, la huida de una muchacha humilde seducida por un apuesto oficial de húsares o el cortejo de un joven terrateniente a una falsa campesina.



Alexander Pushkin.

Tales son los argumentos de estas historias que le sirven a Pushkin, por ejemplo, para mostrarnos la vida de los gremios en una ciudad de provincias, o para proponer una vindicación de los sufridos encargados de las paradas de postas, o para aludir al episodio fundacional de la conciencia rusa moderna: el "tiempo de honor y de gloria" de la invasión napoleónica. En medio de la narración, el autor—que a veces interrumpe el relato para dirigirse a los lectores—reflexiona sobre el efecto estimulante que "la soledad, la libertad y la lectura" produce en las damas de campo, frente a la rutina de las distracciones urbanas; o se mofa de la ridícula anglomanía de un propietario que malgasta su fortuna introduciendo costumbres insulares en la "bárbara Rusia", o ironiza sobre los desarreglos sentimentales derivados del excesivo trato con las novelas francesas. Cinco deliciosos relatos que inauguraron un tiempo nuevo.